



LOS HIJOS DEL CENTAURO

Javier Martínez Sosa

LOS HIJOS DEL CENTAURO



Primera edición: marzo de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Javier Martínez Sosa

ISBN: 978-84-18097-62-1

ISBN digital: 978-84-18097-63-8

Depósito legal: M-1371-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Nora, mi esposa.
A mis hijos, Maia, Matheo y Mía.
A mis padres, Jorge e Ida.
A mis hermanas, Gabriela y Patricia.
Familia heroica, inspiradora de esta obra.

Basta el instante de un cerrar de ojos para hacer
de un hombre pacífico un guerrero.

SAMUEL BUTLER

Agosto de 1869

El niño apenas distinguía su infancia. La pubertad aún se encontraba distante. Desde hacía días andaba solo con los pies descalzos, vestido con harapos y con un morrión de cuero que le caía en la frente. El hambre hizo de él un ser escuálido. Era apenas una sombra. Podían distinguirse todos los huesos de su pequeña anatomía. Tenía la boca seca y le torturaba el tragar saliva. Su voz se tornaba cada día más ronca debido a los constantes gritos que emitía, aun así nunca salió de sus labios un sonido quejumbroso. Las moscas carcomían sus llagas. El sudor de la frente y las lágrimas de sus ojos decoloraban el espeso betún que enmascaraba su rostro. Los oídos le zumbaban. Las ojeras pronunciadas le daban la apariencia de tener más edad de la que en realidad tenía.

Le dolían los pies luego de varios días de intensas marchas en campo abierto. Sus rodillas las tenía entumecidas por las constantes caídas. A su alrededor todo era ruinas y escombros, humo y polvo. Con las manos agrietadas y los pies llenos de ampollas, ahí estaba parapetado entre montículos de tierra, observando en la distancia la escena que se producía a unos cien metros de donde se encontraba. El sudor y las lágrimas le impedían ver con claridad, pero había algo familiar en los rostros que observaba desde su rincón apartado.

En la explanada del santuario, varios uniformados traían a rstras a un hombre al que lo expusieron frente a una escasa multitud, iguales de famélicos y harapientos como aquel niño. Todos ellos fatigados, sangrando y con heridas abiertas, aunque ninguno con

la cabeza gacha, rodeados por un centenar de bayonetas caladas. Otro hombre de porte femenino y de impecable vestidura se acercaba amenazante. El hombre traído a su presencia solo gesticulaba en señal negativa. El ser andrógino dio unas indicaciones y otros uniformados trajeron a continuación ante él a una mujer de vestiduras rasgadas, con evidente señal de que fue ultrajada.

Ambos prisioneros, hombre y mujer, se miraron fijamente. Sus rostros denotaban cierta familiaridad, aunque tuvieran una apariencia fantasmal. Un silencio sepulcral invadió la estancia. Los ojos de cada uno de los presentes dejaban caer algunas lágrimas. La curiosidad del niño ante aquellos rostros borrosos hizo que intentara arrastrarse entre los escombros desparramados a diestra y siniestra, tratando de que no se percataran de su presencia. Vio a la harapienta mujer con el rostro altivo, sin un ápice de temor ni cobardía, dispuesta a aceptar su destino.

El hombre de vestiduras finas seguía gesticulando con fuerza y gritando como una niña caprichosa. Intentó nuevamente hacer que el hombre derrotado a sus pies pronunciara unas palabras. Luego de un corto silencio, solo pudo escucharse un estruendoso «¡No!» por toda la plaza.

La mujer esbozó una sonrisa lastimera en señal de aprobación. El ser amanerado explotó de rabia ante aquella respuesta. El niño acurrucado en la distancia no discernía lo que estaba ocurriendo. La sed, el hambre y el cansancio hicieron que sus sentidos se embotaran. Sentía la cabeza abombada y las piernas y manos le seguían temblando. Cada parpadeo hacía que perdiera el sentido de la realidad, como si le costara despertar de una extraña pesadilla. Pero lo que vio a continuación lo dejó consternado.

Se oyó un chasquido, y los seres harapientos murmuraban oraciones en tono de dolor. Un objeto de indescriptibles rasgos rodaba por la explanada hasta caer a los pies de la mujer. En ese instante los ojos del niño se clavaron en aquellos ojos tristes, y fue allí que su mente volvió a funcionar. El instinto de supervivencia acudía a su joven vida en un rápido parpadeo. El espanto le hizo

dar un salto atrás y buscar una salida hacia un bosquecillo cercano. La aterradora imagen lo hizo alejarse en un santiamén. No debía ser visto, eso estaba claro.

Se arrastró varios metros, otros tantos se deslizó en cuclillas, sigilosamente. Sorteó calles, viviendas, cuerpos amontonados, escombros, pertrechos, vadeó el arroyo hasta que divisó los confines del pueblo. Y luego corrió. Corrió hasta que aquella escena desgarradora quedó oculta tras la espesura del bosque. Corrió hasta que el camino se hizo sendero. Corrió hasta el fin del sendero, y siguió corriendo abriéndose paso entre la maleza y los matorrales, hasta encontrar nuevamente otros caminos. Corrió hasta que el sol dejó de brillar y la oscuridad abrazó todo a su paso. Corrió hasta que sus pequeños pulmones ya no daban más, y sus pies adoloridos y ensangrentados se arrastraban con cada paso. Y mientras corría volvían a su mente las últimas miradas de aquellos ojos bondadosos. Su corta infancia parecía pasar frente a él. Corrió hasta que ya no distinguió la realidad de lo imaginario. Corrió hasta que sus pasos se convirtieron en un ligero trotecillo, hasta que solo podía continuar arrastrando los pies. Y se desplomó en la vera del camino.

Unos centinelas patrullaban la zona cercana en la que el niño había caído. A cierta distancia divisaron aquel pequeño bulto tirado a un costado del camino. Se acercaron lentamente apuntando sus mosquetes. Uno de ellos registró aquella sombra humana. Era un niño, harapiento y escuálido.

Tendría unos diez o doce años a lo sumo. «*Es de los nuestros*», pensaron los centinelas al ver la rasgada chaqueta escarlata que vestía el niño. Lo llevaron al campamento cercano. Lo habían salvado de la misma muerte. Allí unas mujeres lo limpiaron y curaron sus heridas. Lo alimentaron y lo dejaron descansar. En todo aquel tiempo el niño seguía viendo imágenes borrosas a su alrededor. El tiempo parecía haberse detenido. Se quedó dormido durante varias horas, despertando en un par de oportunidades, pero el cansancio hacía que sus párpados le pesaran como piedras. Hasta que recobró algo de sus fuerzas.

Una de las mujeres que se había hecho cargo de su cuidado se percató de que el niño estaba despierto, acuclillado en su catre, con la mirada perdida en el horizonte. Temblaba, de frío y de terror. La mujer se acercó y le ofreció un vaso de agua.

—Hijo, toma un poco. No tengas miedo. Sanarás pronto —la mujer habló con dulzura, tratando de ganar la confianza de aquel niño temeroso.

El niño sorbió lentamente el agua. Tenía los labios secos y le picaba la garganta. Miró a su alrededor. No se encontraba solo en aquella estancia. Innumerables catres con gente postrada se perdían hasta que la lumbre de las velas daba lugar a la oscuridad. Hombres, mujeres, niños y ancianos, todos aquejados por algún infortunio, atendidos por mujeres iguales a la que se acercó al niño.

—¿Dónde estoy? —preguntó el niño.

—Estarás bien, hijo. Estás en un hospital. Te encontraron inconsciente a unos kilómetros de aquí. Ahora, dime, ¿cómo te llamas, hijo?

—¿Qué pasó de ellos? —el niño intentaba encontrar respuestas.

—¿De quiénes, hijo? ¿No venías solo? ¿Alguien más te acompañaba?

—¡No pude hacer nada!... Tuve que salir de allí... —la tristeza inundaba su rostro. La agonía volvía a apoderarse de él. Las tétricas imágenes rondaban por su mente. No podía sacárselas de la cabeza.

De pronto el niño recordó que traía algo consigo.

—¿Dónde está? Lo traía entre mis pantalones...

—Lo he puesto en aquella mesita, junto con unas toallas.

La enfermera señaló el montículo apilado en una mesita de luz. La rasgada chaqueta se encontraba limpia y bien doblada. Encima de todo estaba colocado un cuaderno con un lápiz en medio de sus hojas.

Fue en ese momento preciso que de entre las sombras, poco a poco, iba acercándose a la lumbre una figura imponente. Los demás enfermos lo saludaban a su paso. Pero el hombre de gran

porte, cabellos dorados y ojos azules clavaba su mirada en el niño al que recogieron aquella noche. Centró su interés en aquel espectro. Se sentó a su lado y posó sus curtidas y agrietadas manos sobre su pequeño hombro. El hombre le habló con ternura.

—Hijo mío, debiste vivir cosas atroces. Eres muy valiente. No temas. Ahora somos tu familia. Cuidaremos de ti, así como cuidamos a todos los que están aquí —el portentoso hombre lo trató de manera paternal.

El niño perdió el temor ante aquel rostro. Ya lo había visto en otros momentos más felices, pero con las calamidades sufridas últimamente, de momento no recordaba nada más. Su mente aún estaba perturbada. Al mirar la jineta que pendía de su hombro recordó vagamente lo que su padre alguna vez le había enseñado. Esa debía ser la jineta de un General.

—Mi General —respondió el niño con toda su inocencia—... yo lo recuerdo. Ellos ya vienen... hay que estar preparados...

—Tranquilo, hijo mío. Eres un niño muy valiente. Nuestra familia es muy unida y nos protegeremos mutuamente. Pero dime, hijo, ¿cómo te llamas?

El niño dudó un instante, pero inmediatamente la confianza volvió al sentir las generosas manos de aquel General sobre su pequeña cabeza, de la misma forma en que solía hacerlo su madre. Se dio cuenta de que muy pocos lo sabían realmente. Aunque no era su verdadero nombre, todos los que le conocían lo llamaban *Pablito*, por el gran parecido a su padre. Así que prefirió que le siguieran llamando de esta manera.

—Pablito... todos me conocen como Pablito.

—Muy bien, Pablito, ahora cuéntame de tu familia. De seguro los conozco.

El General ya estaba informado de lo que había ocurrido un par de días atrás, pero necesitaba ganar la confianza del niño y así tratar de tranquilizarlo. De esta forma quizás lograría sacar alguna información al niño y podría actuar en consecuencia. Ya había demasiado sufrimiento en aquel campamento.

La tenue luz de las velas iba apagándose a medida que pasaban las horas, hasta que solo quedó encendida la que alumbraba la litera en la que charlaban el niño y aquel gran hombre. Los murmullos lentamente iban silenciándose, hasta que todos los presentes pudieron escuchar atentamente lo que decía el niño.

—¿Mi familia...? —susurró el niño, sumido en sus pensamientos.

—Sí, hijo mío. Cuéntame, qué viene a tu mente cuando piensas en ellos.

La pregunta le había sorprendido. Pensó que quizás el General se interesaría por otras cosas. Si hacía un esfuerzo podía mencionarle los pormenores de la batalla de la que fuera testigo, pero al General no le importaba eso de momento. Le había preguntado sobre su familia. Se detuvo un momento. El niño hurgó en sus memorias. Tantas cosas le brotaban cuando pensaba en sus padres. Hizo otra pausa, como buscando la palabra que mejor describiera sus sentimientos. La gente a su alrededor ni siquiera pestañeaba, hasta atajaban la respiración y aguantaban el dolor callando los gemidos para no interrumpir al niño. Hasta que finalmente Pablito habló.

—¡Semillas! —exclamó el niño.

—¿Semillas? —preguntó extrañado el General.

—Sí, semillas...

Y comenzó a contarle su corta historia. Sus primeros recuerdos. Sus días felices y tranquilos. Hasta que todo aquello había terminado un lustro atrás.

Abril de 1932

La tarea encomendada al explorador no era nada sencilla. El hombre que le explicaba las instrucciones extendió el pliego de mapas sobre la mesa. La tenue luz que emanaba de un par de lámparas de kerosén hacía reflejar en las paredes las sombras de varias personas apostadas en aquella habitación. El explorador observó detenidamente el mapa que tenía frente a él. El instructor le indicaba con un lápiz la zona que debía recorrer con el grupo de hombres que estaban a su cargo.

—Las órdenes son simples. Debemos establecer un enlace desde aquí... hasta aquí —el hombre señalaba en el mapa ambos puntos.

La distancia era considerable. Pero al explorador no le preocupaba la hostilidad del terreno ni del clima. Conocía sobradamente ambas situaciones. Era el mejor en su clase y estaba preparado para ese tipo de tareas. Ni los talcales y la arena hecha polvo que inundaban sus pulmones y congestionaban sus fosas nasales; ni la densa vegetación y las llagas en sus manos que producía el macheteo constante para abrirse paso a aquella vasta tierra; ni el calor sofocante, ni las frías noches; ni siquiera la falta de agua. Nada de aquello lo importunaba. Lo que le quitaba el sueño era lo que desconocía. Y no conocía a los señores de aquellos territorios.

—Una cosa más —el hombre que daba la orden tomó al explorador del hombro—... debe evitarse cualquier contacto con los habitantes de esos lugares, si es que los hay.

—Entendido —el explorador sabía lo que significaba aquello. Debían pasar desapercibidos.

—Partirán inmediatamente. Confiamos en que llegarán a destino la semana entrante. Vaya con Dios.

—Así se hará —respondió el explorador.

No hacía falta recordarle al explorador sobre la importancia de los acontecimientos que estaban por suceder. El trayecto era largo y el tiempo escaso. La orden debía cumplirse inexorablemente.

Los hombres que lo acompañaban desmontaron el campamento e inmediatamente se aprestaron a cuadrarse frente a su líder. El explorador recorrió la mirada a la larga fila que se agrupaba frente a él. Solo veía sombras. Sus pensamientos estaban dispersos en otros asuntos. Cuando volvió en sí, sus hombres aguardaban atentamente sus palabras.

—En marcha —se limitó a decir.

Los hombres del explorador rompieron filas y se encaminaron hacia la espesura del bosque. En sus mentes solo había un objetivo: llegar a un punto lejano marcado en el mapa. Ninguno de ellos estaba consciente de lo que les deparaba el destino. Excepto el explorador en jefe. Y se perdieron en la oscuridad de la noche.

*

Tres semanas transcurrieron desde que el grupo de exploradores había partido. El hombre que los envió a tan desafortunada misión no recibió noticia alguna en todo ese tiempo. No podía permitirse perder a tanta gente, y en especial a su mejor explorador. Decidió ir en su búsqueda. Esta vez, la incursión sería por aire. Mandó llamar a dos de sus hombres para encomendarles dicha tarea. Un piloto y un observador. Debían intentar ubicar la posición del grupo de exploradores extraviados.

—Esta es la situación...

El hombre que daba las instrucciones desplegó el mismo mapa en el cual señaló, tres semanas antes, la zona que debía recorrer el explorador. Al dirigirse a los nuevos encomendados, se limitó a repetir las mismas palabras que utilizó al despedir la expedición.

Las marcas en el mapa seguían allí, e indicaban los lugares donde la expedición debía alcanzar y establecer contacto inmediato. Pero los informes no indicaban ninguna novedad hasta el momento.

—...Estos hombres debían establecer un enlace entre estas posiciones. No estamos seguros del éxito o del fracaso de la misión. No podemos dejar de saber qué pasó con ellos. Encuéntralos y señalen el camino a cualquiera de estos objetivos.

El piloto trazó en su mente un plan de vuelo. Captó al instante la magnitud de la situación. La persona designada como observador se mostraba dubitativa y parca en sus convicciones acerca de la tarea que le fuera confiada. Pero la orden ya estaba dada. El piloto se colocó los guantes y se ajustó las gafas. Respiró profundo y se encomendó al Altísimo. Partieron al despuntar el alba.

Tras casi una hora de vuelo, los encomendados no divisaron vestigio alguno de los expedicionarios, ni siquiera advirtieron la presencia de habitantes locales en el radio de búsqueda. Hasta que el piloto observó pasmado algo que dejaba verse en el horizonte.

—Oiga, mire... —gritó el piloto al observador.

—¿Qué sucede? —preguntó el observador, mirando por la ventanilla.

—¡A las dos en punto!

—¿Cómo dice? —el observador no captaba el mensaje.

—Allá... a su derecha...

Los aviadores no daban crédito a lo que estaban viendo. La imagen les recordaba un oasis en medio del desierto. Diez minutos más tarde sobrevolaban el lugar que les había causado una gran impresión.

—¿Qué hace, hombre? No se quede ahí mirando —vociferó el piloto—... ¡Tome nota de cada detalle que vea!

El observador así lo hizo. Consciente de que todo detalle que refería podría ser de utilidad a sus superiores, no omitió ni tergiversó nada en absoluto. Varias vueltas alrededor del lugar tuvieron que dar antes de emprender el retorno. De los exploradores extraviados no había señal alguna. Aun así, el descubrimiento hecho revestía mayor importancia.

Los habitantes de la cabaña se encontraban haciendo diversas tareas. Uno de ellos desplumaba unas gallinas mientras otro atizaba el fuego del brasero. Los demás se hallaban arreando el ganado y acarreado agua de la laguna cercana. El calor reinante hizo que todos ellos estuvieran vestidos informalmente, todos sin su habitual chaqueta y sin sus botas puestas. Cuando oyeron el bramido de los motores supieron de inmediato qué hacer. Se movieron sigilosamente hacia el interior de la cabaña haciendo señas a los que se encontraban en campo abierto.

—¿Es de los nuestros? —preguntó uno de ellos.

—¡Shh!... espera —susurró el otro.

—¡Recuerda las instrucciones!

Les habían enseñado la diferencia entre el sonido emitido por un *Potez* y un *Vickers Vespa*, pero las ondas expansivas en aquella zona despoblada podían generar confusiones. Y las instrucciones eran bien precisas. Nada de riesgos innecesarios. No debían ser vistos.

—Si dudas, entonces todos adentro. ¡Rápido!

—¿Dónde está Talavera?

—Juntando agua, allá en la orilla. ¡Por Dios! ¡Lo van a ver!

El hombre vestido solo con unos pantalones arremangados hasta las rodillas y con el torso desnudo dejó a un lado la cubeta de agua en el mismo momento en que oyó el rugido de los motores. Escuchaba atentamente las características del sonido proveniente a lo lejos. Indudablemente, el ruido aumentaba, lo que significaba que la avioneta se dirigía hacia ellos. La misma duda se instaló en el hombre, al igual que sus compañeros. Se dio cuenta de que no tendría tiempo de llegar hasta la cabaña o hasta los bosquecillos circundantes antes de que pudiera ser divisado por los intrusos. La única opción que tenía era zambullirse en la laguna y cubrirse con los grandes camalotes que allí flotaban.

La avioneta sobrevoló durante varios minutos, y todo ese tiempo nadie hizo el menor ruido ni movimiento. Tenían instrucción de no delatar su posición y comunicar cualquier circunstancia extraña que ocurriera en aquella zona. El vuelo rasante de un aeroplano desconocido sin dudas constituía un acontecimiento extraño e irregular, por lo que aquellos hombres tomaron todas sus precauciones.

Esperaron varios minutos luego de que el sonido de la aeronave desapareció por completo. Los habitantes de la cabaña salían lentamente de sus escondrijos, mirando por los aires en todas direcciones. Ya no había señal de peligro. Todos respiraron profundamente.

El hombre que se había sumergido en la laguna ocultándose entre los camalotes acudió ante sus demás compañeros con el cuerpo completamente mojado. Varios meses habían pasado en los que aquel lejano puesto no reportara ninguna novedad. Ahora sus ocupantes se verían enfrascados en un dilema: abandonarlo o esperar instrucciones. Antes que nada, debían dar parte de lo ocurrido sin más pérdida de tiempo.

*

Cuando el hombre detrás del escritorio leyó el reporte completo de la travesía, volvió a cerrar el sobre en el cual se leía la inscripción «*Confidencial*». Miró a través de las amplias ventanas de la oficina ubicada en una de las torres más altas del complejo, en la cima de la montaña. Varios kilómetros tierra abajo se divisaba una gran ciudad. Debía hacer un comunicado oficial sobre los acontecimientos, y fría y calculadoramente previó ciertas circunstancias que a la luz de la verdad podrían ser puestas en cuestionamientos y reprimendas de índole internacional.

Si comunicaba a la opinión pública del hallazgo tal como refería el informe, eventualmente sus acciones se tildarían de agresivas, de perturbadoras de la paz. Sin embargo, si omitía detalles impor-

tantes, fácilmente podría pasar a ser el ofendido. Volvió a sacar el documento del sobre y lo relejó para asegurarse de que nada quedara al azar.

«...Después de una hora de vuelo, divisé a la derecha de nuestra ruta una mancha de agua. Diez minutos después volábamos sobre una enorme laguna que en parte tenía vegetación y donde había miles de aves acuáticas. Su superficie era de varios kilómetros. En la orilla este observamos huellas de ganado. Dentro del monte vimos construcciones de barro y paja y corrales cercados, dando todo el aspecto de un fortín...».

La decisión era solo suya. En sus manos tenía la verdad, y por lo tanto podía hacer de ella lo que se le antojase, aun si fuera para manipularla. Con aquella acción quizás conseguiría afianzar su posición en momentos en que su cómodo sillón era el objetivo principal de sus adversarios.

La duda duró solo un instante. Colocó el informe en otro sobre sin distintivo y lo guardó en lo más profundo de un archivador que tenía al lado del escritorio. Un sobre sin carátula, en una carpeta entremezclada entre varias, en el último cajón del archivo, en una oficina que se cerraría con la llave que una sola persona tendría acceso a ella. La farsa estaba lista para salir a la luz.